

Fiesta de la Santísima Trinidad

Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir.

Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando.

Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Si por un imposible, la Iglesia dijera un día que Dios no es Trinidad, ¿cambiaría en algo la existencia de muchos creyentes? Probablemente, no.

Por eso queda uno sorprendido ante la confesión del P. Varillon: “Pienso que si Dios no fuera Trinidad, yo sería probablemente ateo... En cualquier caso, si Dios no es Trinidad, yo no comprendo absolutamente nada”.

La inmensa mayoría de los cristianos no sabemos que al adorar a Dios como Trinidad, estamos confesando que Dios, en su intimidad más profunda, es sólo amor, acogida, ternura.

Es quizás la conversión que más necesitamos: el paso progresivo de un Dios considerado como Poder a un Dios adorado gozosamente como Amor.

Dios no es un ser “omnipotente y sempiterno” cualquiera. Un ser poderoso puede ser un déspota, un tirano destructor, un dictador arbitrario. Una amenaza para nuestra pequeña y débil libertad.

¿Podríamos confiar en un Dios del que sólo supiéramos que es Omnipotente? Es muy difícil abandonarse a alguien infinitamente poderoso. Es mejor desconfiar, ser cautos, salvaguardar nuestra independencia.

Pero Dios es Trinidad. Dinamismo de amor. Y su omnipotencia es la omnipotencia de quien sólo es amor, ternura insondable e infinita. Es el amor de Dios el que es omnipotente.

Dios no lo puede todo. Dios no puede sino lo que puede el amor infinito. Y siempre que lo olvidamos y nos salimos de la esfera del amor, nos fabricamos un Dios falso, una especie de Júpiter extraño que no existe.

Cuando no hemos descubierto todavía que Dios es sólo Amor, fácilmente nos relacionamos con él desde el interés o el miedo.

Un interés que nos mueve a utilizar su omnipotencia para nuestro provecho. O un miedo que nos lleva a buscar toda clase de medios para defendernos de su poder amenazador.

Pero una religión hecha de interés y de miedos está más cerca de la magia que de la verdadera fe cristiana.

Sólo cuando uno intuye desde la fe que Dios es sólo AMOR y descubre fascinado que no puede ser otra cosa sino AMOR presente y palpitante en lo más hondo de nuestra vida, comienza a crecer libre en nuestro corazón la confianza en un Dios Trinidad del que lo único que sabemos en Cristo es que no puede no amarnos.

(B)

Ladislao Boros ha dicho que “la humanidad sufre hoy la más terrible de todas las experiencias: la lejanía de Dios”. Y esto es cierto, pues para muchos de nuestros contemporáneos, Dios es

algo lejano y vago, algo que se confunde casi con lo ilusorio e irreal.

De hecho, son bastantes los que casi insensiblemente, van pasando poco a poco, de una fe débil y superficial, a un ateísmo también débil y superficial, sin detenerse con sinceridad ante la realidad de quién es el origen y el destino último de nuestro ser. ¿Cómo dar de nuevo un contenido vivo a ese nombre de “Dios”, cuando uno lo ha ido vaciando de vida, con una fe banal y una existencia mediocre? ¿Cómo aprender de nuevo a vivir con gozo ante Dios? ¿Cómo ponerse de nuevo en camino hacia Él?

Probablemente hemos de redescubrir, antes que nada, que Dios en su realidad más profunda es Trinidad. Es una familia. Es decir, que Dios no es algo frío e impersonal, un ser solitario, sino vida compartida, amor comunitario, amistad gozosa, ternura y vida en plenitud.

Dios no es alguien que nos ciega con su poder divino. Dios es amor que nos acoge, amistad que nos envuelve, ternura que nos busca por todos los caminos de nuestra existencia.

Por eso su presencia en el mundo es humilde y discreta, como lo es siempre la presencia de la ternura y el amor verdaderos.

Sólo quien sabe de amor, sabe de Dios. Sólo quien es capaz de vivir incondicionalmente la amistad, de irradiar amor y bondad en esta sociedad egoísta, de poner un poco de justicia y ternura en la construcción de este mundo, puede encontrar a Dios.

Es el amor vivido incondicionalmente el que purifica nuestras falsas imágenes de Dios y nos coloca en la verdad y la humildad necesarias para acercarnos al Dios Trinitario.

Nuestra sociedad no necesita “defensores triunfalistas” que nos hagan la propaganda de Dios, sino testigos humildes que con su vida nos hagan percibir el amor y la amistad de Dios por los hombres.

La gran novedad que nos revela la Palabra de Dios es: que Dios es Amor. Y esto no se nos ha revelado para que nosotros lo contemplemos boquiabiertos o para que hagamos especulaciones estériles o razonamientos filosóficos... Cristo nos

ha revelado la intimidad de Dios para que construyamos nuestra vida de creyentes teniendo en cuenta ese patrón.

Cuando lleguemos a creer en un Dios que es amor, es decir: diálogo, entrega, comunión, felicidad compartida; entonces, comenzaremos a sentir la necesidad de parecernos a Él, de imitarle, de darnos y entregarnos a lo divino y a nuestros hermanos los hombres.

La Trinidad es paradigma de lo que han de ser nuestras comunidades. La causa profunda de desunión entre los hombres y la más lamentable incompreensión entre los cristianos, es haber olvidado el ejemplo de convivencia amorosa entre las Personas de la Trinidad. Y la causa de la lesión de la dignidad humana, de la esclavitud y la opresión es no haber comprendido que somos libres en el Espíritu e hijos de Dios.

Necesitamos ahondar en esta verdad de Dios. Dios es amor. Y esta noticia la tenemos que comunicar al mundo, no con palabras, sino a través de una ilustración práctica: nuestro amor fraterno.

Viendo cómo nos amamos, los hombres han de entender qué es el amor de Dios y qué efecto produce en nosotros. Los hombres han de ser instruidos acerca de Dios observando nuestro comportamiento.

Los grandes problemas que preocupan, hoy, a los hombres, sólo se conseguirá solucionarlos cambiando los corazones.

La respuesta a tanta división, conflicto y guerra es una vida fraterna; la respuesta a las desigualdades es compartir. La respuesta al odio y al rencor es el perdón. Sí, actuar a favor del hombre, es actuar a favor de Dios, revelando su rostro más auténtico.

Que el Dios Trinidad nos conceda la gracia de ser espejos que reflejemos su amor y su misericordia.

(C)

Los gestos simbólicos pueden ayudarnos a vivir la existencia con más hondura, pero, repetidos de manera distraída, pueden convertirse en algo mecánico y rutinario, vacío de todo significado vital.

Así sucede con frecuencia con esa cruz que los cristianos hemos aprendido desde niños a trazar sobre nosotros mismos y que resume toda nuestra fe sobre el misterio de Dios y sobre el espíritu que ha de animar nuestra vida entera.

Esa cruz es la “señal del cristiano” que ilumina nuestro caminar diario. Ella nos recuerda a un Dios cercano, entregado a nosotros. Esa cruz nos da esperanza. Nos enseña el camino. Nos asegura la victoria final en Cristo resucitado.

Pero ese gesto tiene un significado más hondo. Al hacer la cruz con nuestra mano, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, consagramos nuestra frente, boca y pecho, expresando así el deseo de acoger el misterio de Dios Trinidad en nosotros y la trayectoria que queremos dar a nuestra vida.

Esto es lo que queremos: que los pensamientos que elabora nuestra mente, las palabras que pronuncia nuestra boca, los sentimientos y deseos que nacen en nuestro pecho, sean los de un hombre o mujer que viva “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

El gesto nos anima así a superar la dispersión de nuestra vida unificando todas nuestras actividades para vivir desde una confianza total en el Padre, siguiendo fielmente al Hijo encarnado en Jesús, dejándonos impulsar por la acción del Espíritu en nosotros.

Al mismo tiempo, este gesto realizado conscientemente en medio de una sociedad que va vaciando la vida de su grandeza y misterio, nos invita a vivir adorando el misterio trinitario de Dios, origen, fundamento y meta última de toda la creación, y dándole gracias por el don misterioso de la vida.

El creyente vive envuelto por ese símbolo tan expresivo. Lo hacemos al comenzar la eucaristía y al recibir la bendición final,

al iniciar y terminar una oración, al bendecir la mesa, al empezar el día y al acostarnos. Si lo hiciéramos de manera consciente, podría ser un mensaje de alegría y salvación en medio de nuestra vida.

En esta fiesta de la Trinidad hemos de recordar que el misterio de la Trinidad no es un asunto para la reflexión exclusiva de los teólogos o la experiencia de los místicos. También un humilde creyente, alejado incluso de la práctica religiosa, puede elevar su corazón hasta Dios y santiguarse despacio en el nombre de la Trinidad, agradeciendo arrependido su perdón y alabando gozoso su amor insondable.

(D)

Una profesora pregunta a sus alumnos: ¿Cómo sabemos que Dios existe? Cada uno fue dando su propia respuesta. Pero la profesora seguía insistiendo como si no estuviese satisfecha con las respuestas. Queriendo echarles un mano añadió: Y cómo saber que Dios existe si ninguno lo hemos visto? Todos se quedaron callados. Para los niños es evidente que lo que no se ve o se toca no existe. Hasta que un pequeño que era tímido, levantó la mano y tímidamente y respondió: Señorita. Dios es como el azúcar. Mi madre me dijo que DIOS ES COMO EL AZÚCAR, en mi leche que ella prepara todas las mañanas. Yo no veo el azúcar que está dentro de la taza en medio de la leche, pero si la leche no tiene azúcar se queda sin sabor.

Dios existe, y está siempre en el medio de nosotros, solo que no lo vemos. Yo quería enseñaros y sois vosotros quienes me habéis enseñado a mí. Yo ahora sé que Dios es nuestro azúcar en la vida. La profesora emocionada le dio un beso.

¿A alguien de nosotros se le ocurriría definir a Dios como una cucharada o un terrón de azúcar? De seguro que nosotros daríamos una definición de Dios mucho más técnica y científica. Pero bastante más inútil. La prueba el mismo título de la fiesta

de hoy: “Santísima Trinidad”. Y con eso ya nos quedamos tan tranquilos. Con decir que son “tres pero que son uno”, que ni vosotros ni yo sabemos como es esa matemática. Ninguno entendemos nada pero nos quedamos tan tranquilos.

Estoy seguro que la mamá de ese niño no entendía demasiada teología, pero sí tenía algo que es fundamental cuando se trata de hablar de Dios. Hablaba no del Dios que se nos explica con ideas, sino del Dios que ella experimentaba en su corazón. No sé si los teólogos estarán muy de acuerdo con un “Dios terrón de azúcar”, lo que sí sé es que aquella madre vivía la verdad de Dios en el corazón humano.

Porque, al fin y al cabo, Dios no es una idea. Dios es una realidad para nuestra vida. Y una realidad que da sentido y da sabor a nuestra vida.

Nadie ve el azúcar disuelto en la taza de leche o en la taza de café.

Pero todos sabemos que la leche sabe de otra manera y también el café.

Y que a Dios nadie le ha visto, lo dice San Pablo: “A Dios nadie le ha visto”.

Pero a Dios son muchos los que lo sienten, lo experimentan y lo viven.

Además, si el Dios de nuestra fe es, como nos dirá San Juan, “un Dios amor”, y su esencia es “el amor”, con mucha más razón. Porque ¿alguien ha visto el amor? No lo hemos visto. Pero todos sabemos que existe, y nos sentimos amados y todos amamos. El amor se expresa y manifiesta en la experiencia de la vida, y no en las grandes explicaciones de los psicólogos.

El misterio de la Santísima Trinidad no es solo el misterio de Dios, es también el misterio de cada uno de nosotros. Porque el verdadero cielo de Dios somos cada uno de nosotros. *“Y vendremos a él y haremos morada en él”.*

Nos pasamos muchas horas mirando al Sagrario, porque es allí donde Dios habita sacramentalmente.

Y apenas si tenemos tiempo para mirarnos a nosotros por dentro, donde sabemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lo han convertido en su verdadera casa.

Hablamos con El como si lo tuviésemos lejos, a la otra orilla, cuando lo tenemos tan cerca de nosotros.

“Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí y yo en vosotros ... Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y en él haremos morada. (Jn 14,20-23 y 15,4)

La vida sin Dios está vacía.

La vida con Dios está llena, a rebosar.

La vida sin Dios pierde sentido.

La vida con Dios tiene una meta y una dirección.

La vida sin Dios está llena de cosas.

La vida con Dios está llena de Dios.

Dios no cabe en nuestra cabeza, por eso podemos decir poco de él. Pero Dios cabe en nuestro corazón.

(E)

Celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. La verdad, Señor, que te han puesto un nombre bien raro y extraño. ¡Con lo

fácil que sería decir “Día de papá Dios”, o también “el cumpleaños de Dios”.

Y que nosotros debiéramos celebrar con la misma alegría y felicidad con que celebramos cada año el “Día del padre o de la madre” o nuestro mismo “cumpleaños”.

Porque me imagino que también hoy en el Cielo tiene que haber algún extra especial.

Y lo celebramos en un momento en el que diera la impresión de que muchos lo consideran ya como algo pasado de moda. Como si Dios perteneciese también a la cofradía de “los jubilados” o de la “tercera edad”, de esos que nosotros recluimos en los “asilos de ancianos” o en alguna residencia para viejos.

Sin embargo, si queremos ser sinceros y no engañarnos a nosotros mismos, hemos de reconocer que Dios sigue siendo joven y goza de muy buena salud felizmente. Es posible que hayamos sido nosotros quienes lo hemos hecho demasiado viejo. Porque, con frecuencia, tenemos una idea de él como de algo antiguo, de mucho valor sí, pero que ya no está de moda. Que tuvo su momento, pero que hoy ya nosotros tenemos otros gustos. Una especie de antigüedad muy valiosa que hoy está quedando en desuso.

Dios es viejo para quienes ya no tienen ojos para ver.

Lo que sucede es que nosotros mismos cuando hablamos de él, hablamos como de una especie de recuerdo de un pasado que quisiéramos revivir, pero sin demasiada convicción. Hablamos de él muy poco convencidos. Recuerdo haber leído en una Revista de Liturgia, aquel encuentro de un hombre de teatro con un sacerdote. El hombre de teatro le decía: “Mire usted, Padre: nosotros en el mundo del teatro presentamos las mentiras de tal modo que parecen verdades, mientras que ustedes, en sus predicaciones presentan la verdad como si fuese mentira”.

¿Querría decir que hablamos de Dios como si fuese mentira lo que decimos? ¿Así nos ven? ¡Andamos muy mal entonces! ¡Y le dejamos muy mal a El!

Ya sabemos que de Dios podemos decir muy pocas cosas o casi ninguna. A lo más, podemos decir de él lo que él mismo nos ha contado de sí mismo. Como a él no le podemos ver termina manifestándose en nosotros. Y así terminamos siendo cada uno el mejor y casi único lenguaje sobre él. Somos su rostro. Jesús mismo dijo de sí mismo: “Quien me ve a mí ve al Padre”. ¿Tendremos que decir también nosotros hoy: “quien nos ve a nosotros le ve a Dios?” Ya veis un Dios que se atreve a correr este riesgo de ser deformado por nosotros.

A poco que nos miremos a nosotros mismos y miremos en torno nuestro podremos darnos cuenta de que presentamos un Dios muy poco atractivo. Y hasta me atrevería a decir muy poco guapo, poco bonito. Es decir, muy poco Dios. Porque Dios es belleza. Dios es amor. Dios es ternura. Dios es bondad. Dios es gratitud. Dios es comprensión. Dios es perdón. Dios es vida. Pero, cuando luego traducimos todo esto en el lenguaje de nuestras vidas, Dios parece cualquier otra cosa, menos todo eso.

Porque si Dios es belleza, debiéramos admirarle más. Debiéramos quedarnos sorprendidos, absortos contemplándole. Y nuestra oración tendría que ser un momento de relajación de nuestro espíritu y nuestras celebraciones un canto de fiesta.

Porque si Dios es amor, debiéramos sentirnos los más amados y los más felices del mundo. Y debiéramos sentirnos atraídos por la confianza que nos inspira. Y sentir su cercanía y su confianza como para divertirnos con El como los hijos se divierten con sus

padres. Me encanta la oración de aquel niño que, cada noche, al acostarse, le decía: “Dios, ¿en qué puedo ayudarte mañana?”

Porque si Dios es gratuidad, ¿qué sentido tienen todos esos miedos que nos han metido en el alma? ¿Y ese sentido terrible de su justicia que nos estremece? ¿Qué sentido puede tener la gratuidad de Dios con ese concepto, tan común entre nosotros, de un Dios “comerciante”, “banquero”, “negociador”, al que tenemos que comprárselo todo con nuestras penitencias, nuestros sacrificios, nuestras misas, nuestras promesas de novenas y oraciones?

Porque si Dios es ternura, comprensión, perdón, ¿tendremos que seguir recordando toda la vida nuestro pasado que El ya perdonó y olvidó hace tiempo? ¿Recordáis aquella devota que tenía visiones en las que el cura no creía mucho? Y un día le dijo para probarla que cuando Dios volviese a aparecerse le preguntase cuáles eran “los pecados del cura en su juventud”. Pasado un mes regresó la vidente. ¿Le has preguntado? “Sí, padre” Y ¿qué te dijo? “Que los había olvidado todos”.

La verdad es que yo me quedo con el Dios que Jesús nos reveló. El Dios hecho padre que pierde un hijo y lo sigue esperando todos los días con la angustia de haberlo perdido y que cuando lo recobra arma una jarana madre. O el Dios pastor que deja de dormir para ir a encontrar la oveja perdida en el monte y se la echa a hombros para que la pobrecita no se canse. O el Dios que ni siquiera se escandaliza del adulterio de aquella mujer a punto de ser apedreada. Un Dios que siente ternura y sale en defensa de la prostituta que le lava los pies con perfume.

¿Alguien puede decirme que éste es un Dios envejecido o un Dios sin actualidad? ¿Un Dios entrado ya en la “Tercera Edad”?

Para mí sigue siendo un Dios joven y rejuvenecedor de vidas.
Sigue siendo cada día una primavera de vida para todos.
¡Cuántas vidas son jóvenes en su vejez porque El ha entrado en ellas! Este es el Dios que cada día es un amanecer en mi vida y al que tengo que saludar con una sonrisa y un “¡Buenos días, papi!”

P. Juan Jáuregui Castelo